

DRAMA EN DOS ACTOS,

INTITULADO:

EL SORDO
EN LA POSADA.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR D. F. E. C.

PERSONAS.

Don Pedro , <i>padre de</i>		Lucía , <i>posadera.</i>
Doña Juana.		Blasa , <i>criada.</i>
Don Fernando, <i>amante de ésta.</i>		Fermin, <i>mozo de Posada.</i>
Doña Inés, <i>su hermana.</i>		Un mozo del Lugar.
Don Antonio. Don Gil.		Varias gentes.



La Escena es en un Pueblo junto á Granada.

ACTO PRIMERO.

El teatro figura una sala , una cocina y una alcoba con cama , á donde se va por una escalera , de modo que la alcoba forma el piso principal , y las demas piezas el baxo . La alcoba debe tener una ventana que permita al expectador ver quanto pasa en ella .

ESCENA PRIMERA.

Don Pedro y Don Gil en la sala jugando á los naypes: Lucía y Blasa en la cocina haciendo sus labores.

Ped. Qué importa hora mas ó ménos? Ten paciencia , que sin falta vendrán ántes que anochezca. Vamos: trece , veinte... carta.

Gil. Poco á poco: todavía no me he plantado.

Ped. Mañana puede plantarte la novia.

Gil. Conque las mugeres plantan

á sus novios? Oyga usted?
Pues yo sé una buena maña
para que no lo hagan.

Ped. Y es?

Gil. No jugar con ellas.

Ped. Brava
salida: bien se conoce
que tienes talento.

Gil. Gracias
al viage que hice á Madrid.

Ped. O, en la Corte se adelanta
mucho.

Gil. No quereis creerlo;
pero ántes de que dexára
mi tierra, era yo un jumento.

Ped. Bien se conoce que hablas
con verdad.

Gil. Mucho gané
en Madrid, pero bien cara
me ha salido la instruccion:
no hice yo la tal jornada
con mil duros; pero viendo
que al paso que adelantaba
en mi ingenio, disminuía
mi caudal, dixé: caramba,
la ciencia siempre nos sobra,
y el oro puede hacer falta,
con que basta de saber.
Hagamos que el señor Vargas
me dé la mano de su hija,
y vámonos á la patria
á casarnos. Dicho y hecho,
al punto me puse en marcha,
y he llegado á este lugar.
No es cierto que es una alhaja
este pais?

Ped. Por lo mismo
he comprado aquí una casa
de campo, y he convidado
á que venga á verla á Juana
y á su amiga Doña Inés.

Gil. Y no la dixisteis nada
de la boda?

Ped. No: con eso
se alegrará mas.

Gil. Qué ufana
se pondrá, luego que sepa

que ha de ser mi esposa... Es guapa?

Ped. Sí que lo es muy bonita:
ya me canso de esperarlas;
dexemos el juego, y vamos
á ver si vienen.

Gil. Me agrada
el pensamiento.

Ped. Lucía,
si vienen aquellas damas
que dixé, dalas dos quartos,
los mejores.

Luc. No hay en casa
mas quartos desocupados.
Decidme cómo se llaman
para que no me equivoque.

Gil. Sí, bueno es.

Pedro. Doña Juana
y Doña Inés.

Luc. Bien está.
Pierda usted cuidado. Blasa,
los números quatro y cinco
han de ser para las damas
que aguardamos. Van ustedes
á paseo?

Ped. Sí: á esperarlas
vamos camino del puente.

Luc. Si está roto.

Gil. Patarata,
yo sé nadar como un pez.
Escucha Blasa, que haya
una comida excelente.

Blasa. Bien está.

Gil. A duro por barba,
que yo pago, y ya tú sabes
que yo no tengo la falta
de roñoso.

Blasa. Está muy bien:
usted cumpla su palabra,
que yo sé mi obligacion.

Gil. Jesus, hasta las criadas
de esta tierra son discretas.

Ped. Vamos, es tarde. Qué maza
es mi yerno: solo siento
que ya empené mi palabra;
pero en fin, cómo ha de ser.

Gil. Vamos, papá.

Blasa. No casára

vanse.

con un hombre tan aquel,
aunque me lo presentáran
en vandeja.

Luc. Y tú qué sabes?

El es tonto, pero se halla
muy rico, y para marido
vale muchísima plata
un tonto. Mira, ya sabes
que no hay en toda la casa
un quarto desocupado,
con que así, no deis posada
sino á esas dos señoritas.

ESCENA II.

Dichas, y Don Antonio.

Ant. Es usted acaso el ama
de casa?

Luc. Para serviros:
qué se os ofrece?

Ant. Dos camas,
para mí, y para un amigo.

Luc. Señor, yo siento en el alma
que no las haya.

Ant. Habrá una.

Luc. Ni media. Tengo la casa
llena de gente, y quizás
tendré que dexar la sala
que habito, y poner en ella
algun huésped.

Ant. Si yo entrárá
á ocuparla, no era justo
que usted saliera.

Luc. Qué chanzas
tan propias de un militar;
pero las decís con gracia,
y así ninguna muger
puede ofenderse.

Ant. A las damas
jamás ofende un soldado.
Defenderlas, obsequiarlas,
y adorarlas, eso sí,
tal es mi sistema, y nada
me gusta tanto como ellas.
Con que en fin, tendrémos camas
mi amigo y yo?

Luc. Y ese amigo,
es tan amigo de chanzas
como usted?

Ant. Y mucho mas.

Luc. Pues siento que desayradas
queden vuestras gracias.

Ant. Cómo?

Luc. Porque por hoy no hay posada
para usted ni para él.

Ant. Así como suena? Vaya,
que no sereis tan cruel.

Luc. O, yo soy muy inhumana
por esta noche: allí vienen
las señoras que esperaba. *vase.*

ESCENA III.

Don Antonio solo.

Malo vá esto: ya han llegado
Doña Inés y Doña Juana,
y Fernando rabiará
viendo que en esta posada
no podemos alojarnos.
Esta fatal circunstancia
frustra el lance mas gracioso
del mundo. Don Pedro Várgas
se retira de Madrid,
y aquí cerca de Granada
compra una casa de campo,
saca á su hija Doña Juana
del Colegio, y determina
que al punto se ponga en marcha
para venir á este pueblo,
solamente acompañada
de su tia. Esta señora
precisamente se halla
enferma, y en su lugar
viene con Juana, la hermana
de Don Fernando, su amante,
y que tambien es la dama
que yo adoro: fué imprudencia
de aquella señora anciana
dexar caminar dos niñas
siendo tanta la distancia
de aquí á Madrid. El amor,
que no se le escapa nada,
nos sugiere en el instante
la idea de acompañarlas
sin darnos á conocer,
y en esta última jornada
nos hemos adelantado.
Aquí era en esta posada

donde estaba prevenido el desenlace. Mal haya el maldito inconveniente de hallarse toda ocupada: ello es que por esta noche nos quedaremos en casa de mi tío, y ya veremos mañana por la mañana en qué para este negocio. Ya parece que descargan los cofres. O, qué equipage! Cuando las mugeres viajan necesitan tantos trastos! Mas ya vienen á esta sala: voy sin que me vean.

vase.

ESCENA IV.

Doña Juana, Doña Inés, Lucía y Blasa.

Luc. Chica, sube corriendo y acaba de disponer esos quartos; y ustedes cómo se llaman?

Juan. Yo, Juana.

Inés. Yo, Inés.

Luc. Muy bien.

Las mismas que yo esperaba son ustedes. Desde ahora queda cerrada mi casa para todos.

Juan. Cómo así?

Luc. Porque está toda ocupada; y aunque con disgusto mio, tengo que negar la entrada á todos los que á ella lleguen. Y ahora mismito se acaba de ir un jóven oficial que con la mayor instancia me pedia alojamiento.

Inés. Si será él? *ap. á Juana.*

Juan. Fuera desgracia.

Sale Blasa.

Blasa. Señora, suba usted al quarto.

Luc. Pues qué se ofrece?

Blasa. Que faltan unas sillas, las cortinas.

Luc. Voy al instante á sacarlas.

Vanse.

ESCENA V.

Doña Juana y Doña Inés.

Juan. Conque piensas que Fernando será el oficial que acaba de irse de aquí?

Inés. O Don Antonio, ó mi hermano.

Juan. Será extraña su venida. Desde el punto que nos pusimos en marcha, nada hemos sabido de ellos.

Inés. Calla, y ten buena esperanza, ya que, á Dios gracias, salimos del colegio, donde ambas nos quisimos tanto, y tanto nos fastidiamos: no falta sino que los dos amigos nos busquen.

Juan. Aquesta carta de mi padre me da tanto que pensar... Voy á mirarla otra vez. "Querida hija, *lee.*
"por fin ya compré la casa,
"y la hacienda que queria.
"Al instante ponte en marcha
"con tu amiga Doña Inés,
"puesto que mi pobre hermana
"no te puede acompañar
"por sus achaques."

Inés. No es larga.

Juan. Pero muy confusa. Luego añade en una postdata:
"Ven sin pérdida de tiempo, *lee.*
"porque me haces suma falta."

Inés. Y eso te da que pensar?

Juan. No sé cuál sea la causa de tanta prisa.

Inés. Es muy fácil adivinarlo: se halla dueño de una buena hacienda, y de una casa, y te llama para dártelas, con tal que al punto te vea casada con mi hermano.

Juan. Con tu hermano...?

Esa es esperanza vana.

Inés. Por qué?

Juan. Si nunca le ha visto:
eran sumamente raras
las visitas que me hacía.

Inés. Siempre fue de mala gana
al colegio. Aborrecía
las ceremonias extrañas
de la casa.

Sale Blasa.

Blasa. Señoritas,
vuestros quartos ya se hallan
adornados. Están juntos,
el quatro y el cinco.

Inés. Basta,
que ya subiremos. Toma
tu propina.

Blasa. Muchas gracias,
yo siempre tomo con gusto
lo que dan de buena gana.

Juan. Qué muchacha tan graciosa!
Toma, amiguita.

Blasa. Y del alma.
Para tan buenas señoras
en ninguna parte faltan
amigas que las estimen,
ni ménos buenas criadas
que las sirvan con esmero. *vase.*

ESCENA VI.

Doña Juana, Doña Inés y un Mozo.

Mozo. Quién es Doña Juana Vargas?

Juan. Yo soy.

Mozo. Pues de esa manera
para usted es esta carta.

Juan. De quién?

Mozo. Eso no se dice,
que se lee.

Juan. Pero...

Inés. Basta,
no seas niña. Trae acá,
que yo la leeré.

Juan. Y se halla
satisfecho el porte?

Mozo. A medias,
porque no me ha dado nada
quien la recibió.

Juan. Ya entiendo. *dale dinero.*

Vais contento con la paga?

Mozo. Ojala que quede usted

tan contenta con la carta.

ESCENA VII.

Doña Juana y Doña Inés.

Inés. Muger, qué enigma será este?
» Os encargo, hermosa Juana, *lee.*
» que oygais, veais y calleis,
» teniendo firme esperanza
» de que todo saldrá bien."

Juan. Yo no entiendo una palabra.
A ver la letra... Tampoco
la conozco.

Inés. Alguna trama
urdieron los dos amigos,
y sin duda se preparan
escenas muy agradables.

Juan. Gente viene.

Inés. En esta sala
no estamos bien. Vámonos
al quarto miéntras que tratan
de cenar.

Juan. Sí: vámonos.

Inés. No nos dixo la muchacha
el quatro y el cinco?

Juan. Sí.

Inés. Pues fácilmente se hallan
esos números.

ESCENA VIII.

*Lucía y Blasa en la cocina: luego
sale Don Fernando.*

Blasa. Qué amables
señoras! voy á llevarlas
una luz. *vase.*

Luc. Quién será este hombre,
que sin pronunciar palabra
Sale Fernando.

se nos entra de rondón?
Qué busca usted?

Fern. Muchas gracias.
No os incomodeis por mí.

Luc. Usted buscará posada?
Pero aquí...

Fern. Pronto vendrá.

Luc. Quién?

Fern. No tal,
es muy bonita la casa.

Luc. Qué dice este hombre? está loco.

ESCENA IX.

*Dichos y Fermin.**Ferm.* Si es sordo como una tapia.

Llega á la puerta, se apea del caballo, y me le manda dar un buen pienso: le digo que no hay lugar en la quadra para el caballo, ni cuarto para él, y luego salta con que es hermoso caballo, y que le cuide. Yo alzaba la voz, pero ni por esas: saca el bolsillo, y me alarga un duro... Qué habia de hacer? puse el rocin en la quadra, y vengo á dar á usted parte para que disponga.

Luc. Nada

puedo disponer: ya ves que tengo toda la casa llena de gente. El caballo, si es que no estorba en la quadra, dexadle.

Fern. El pobre animal tiene tan buena crianza como su amo, y se acomoda en qualquiera parte.*Luc.* Vaya, *viendo á Fern. sentado.*

que me gusta la franqueza. Parece que está en su casa. Qué lástima que sea sordo, pues su presencia es gallarda; pero en fin, ello es preciso decirle que no hay posada. Mire usted, yo siento mucho... *alto.*

Fern. Si señora, la mañana estuvo mucho mas fria que la tarde.*Luc.* No está mala la respuesta. Le hablaré mas alto. Yo deseara el poderos dar un cuarto.*Fern.* El barranco de la entrada del lugar? No es peligroso, qualquier caballo le salta.*Luc.* Si te saltáran siquiera los sesos... No hay esperanza

de que me entienda. Por fin, no incomoda, con que vaya, quédese ahí en la cocina, pues que no tengo otra cama.

ESCENA X.

*Dichos y Don Gil.**Gil.* ¿Cómo, señora Lucía, usted que tiene la fama de ser tan puntual en todo, se está con esa cachaza, sin haber puesto la mesa, viendo que ya están en casa esas hermosas señoras, y que una está destinada para ser mi esposa?*Luc.* Y cuál es la dichosa?*Gil.* No es mala la pregunta, la mas bella. Qué soy tonto?*Luc.* Por las trazas no se os conoce. Qué bruto! Lo que yo extraño es que haya *ap.* padre que quiera casarle con su hija.*Gil.* Qué es lo que hablas entre dientes?*Luc.* Una cuenta que á mis solas ajustaba. Vaya, ya pueden baxar las señoras.*Gil.* Vaya, darlas el brazo. *vast.**Fernando entra en la sala, se sienta á la mesa, y comienza á registrar unos papeles.**Fern.* Treinta mil reales. Esta letra es de Granada, y es dinero en mano... Cádiz doscientos mil... puede que haya algunas dificultades en cobrarlos; pero vaya, yo no soy ejecutivo, ni tampoco me hacen falta por la hora presente.*Luc.* Ola!

A qué habrá entrado en la sala

este hombre?

Blasa. A registrar sus papeles. Y cómo habla *baxo.* de dinero! se conoce que le tiene.

Luc. Sí: caramba, qué rico es! pero no temas que te oyga lo que hablas, porque es sordo como un leño.

Blas. Válgame Dios, qué desgracia, teniendo tantos doblones!

Luc. Y cómo ha de ser!

Fern. Muchacha.

Blasa. Ay cómo grita! Si es sordo no le respondo palabra, pero me pondré delante á ver qué me quiere.

Fern. Agua para lavarme las manos.

Blasa. Esto me gusta. Quien trata con sordos, obedecer, y no replicarles nada. Pero ahora es fuerza decirle que dexé en la palancana un duro... Eh, escuche usted.

Fern. Dices que no te dí nada. Haces bien en recordarlo, pues suelo tener la falta de distraerme. Ea, toma.

Blasa. Dos duros! Así llegarán muchos huéspedes como éste.

Luc. Te ha gustado el sordo, *Blasa?*

Blasa. Mas vale que sea sordo que manco. De buena gana le serviré.

Luc. Pero dime, cómo ha de quedarse en casa esta noche? Esos señores quieren cenar solos.

Blasa. Vaya, eso queda de mi cuenta.

Fern. Mañana por la mañana es preciso madrugar, con que á cenar, y á la cama Chica... O, qué estás aquí!

no se cena en esta casa?

Blasa. Luego, luego.

Fern. No pregunto si tienes novio. No faltan á las que son tan bonitas como tú. Yo tengo ganas de cenar.

Luc. Qué te echa flores el sordo!

Blasa. Pues á Dios gracias, sin que sea vanidad, qualquier viagero que pasa me dice la misma cosa.

Pero las señoras baxan, qué dirán quando le vean?

ESCENA XI.

Dichos, Doña Juana, Doña Inés, Don Pedro y Don Gil.

Juan. Ay Dios mio!

Gil. Qué, qué pasa?

Inés. Nada.

Ped. Quién será este hombre que está con tanta cachaza registrando sus papeles, y en nosotros no repara?

Luc. Es un hombre incomprehensible, pero no sé mas. Tragarla *ap.* como podais. *vase á la cocina.*

Gil. Pues muy pronto le haré yo dexar la plaza. Ola, caballero mio! mire usted si se levanta, que esta no es mesa comun.

Fern. Caballerito, mil gracias, yo no admito distinciones, bien estoy aquí.

Gil. Quién trata de distinciones? le digo, que esta mesa, y esta sala no es para usted.

Fern. Lo agradezco, pero no lo admito. Vaya, tomen ustedes asiento, á las damas, como gusten.

Gil. Qué es lo que habla este diablo? No le entiendo.

Blasa. Si es sordo como una tapia.

Gil. Y por qué no me lo has dicho? fuerza es hablarle en voz alta.

Usted no puede cenar
con nosotros.

Fern. Pues á tantas
instancias ya no replico.
Me sentaré entre estas damas,
si lo permiten.

Juana. Papá,
usted á mi lado.

Gil. Es gracia:
y yo dónde me coloco?

Inés. Pero, Don Gil, si usted anda
con aquesas etiquetas
no cenaremos. Que traygan
un cubierto, y colocaos
á ese lado.

Gil. Es que ya pasa
de grosería.

Ped. Bien dice
Doña Inés, si no oye nada,
es inútil que te canses;
piensa que en esta posada
se cena en mesa redonda,
y no habrá nadie que le haga
desengañar. Pues que cene
en buen hora.

Gil. Pero... Blasa,
un cubierto... y justamente
ese puesto me tocaba
á mí... Muchacha, un cubierto.

Fern. Siempre quedará grabada
en mi pecho esta fineza
que me haceis.

Gil. Si rebentáras
tú con todas tus finezas,
alma de cántaro!... Blasa.

Blasa. Qué manda usted?

Gil. Un cubierto,
No lo ves?... Vamos, despacha.
Oh! él pagará su escote.

*Blasa saca un cubierto y rie, Gil
la arremeda.*

Gil. Já, já, já... qué carcajadas
son esas?

Blasa. No he de reirme,
si un sordo como una tapia
parece que oye mejor
que usted con tener tan largas

las orejas?

Fern. Esta es
una preciosa posada;
y sobre todo, he logrado
la compañía mas grata
que pudiera desear.
Este jovencito encanta
con sus preciosos modales.
Hermosa perdiz. Madama,
recibid esta fineza.

Inés. Vaya, que el sordo es alhaja.
No es verdad, Don Gil?

Gil. Señora,
él tiene buena crianza:
mas si estuviéramos solos,
ahora mismo se tratará
de mi boda.

Ped. Y quién lo impide?
Es sordo, y no piensa en nada
sino en comer.

Gil. Y cuál come?
que mal provecho le haga:
bien puede pagar por dos.

Juana. Pero, Papá, usted habla
y no cena.

Ped. Me divierto
mirando las buenas ganas
que tiene el sordo: y con qué ojos
os mira! No: las muchachas
no le disgustan.

Inés. Y quién
las aborrece?

Gil. Caramba,
que hace muy buen convidado!
porque come, bebe y calla,
y no oye.

Inés. Mejor, con eso
no dirá necias palabras,
como suele suceder
á los sugetos que hablan,
creyendo que sordos son
los que hay delante.

Fern. Usted habla
con mucha razon, señora,
En esta tierra no acaba
la primavera jamás.

Gil. Buena salida: se trata

de pepinos, y responde berengenas.

Inés. Veces varias suele suceder lo mismo, sin que sean sordos los que hablan. Vaya, voy á entretenerme hablándole.

Juan. Es cosa extraña divertirnos á su costa, ya que tiene la desgracia de ser sordo.

Ped. Dices bien, dexarle en paz.

Inés. Vaya, vaya, es gravísimo pecado gastar con él una chanza.

Gil. Cáspita con el sordito! miren con qué linda gracia me atrapó el mejor bocado. Parece que tiene clara la vista para quitarme de la mano las tajadas.

Ped. Toma otra, pues hay de sobra.

Inés. Miren qué ruido se arma por un alon. Ahora voy, y veremos si se entabla la conversacion. Decidme, vuestra sordera es causada por alguna enfermedad?

Fern. No he venido á una cobranza, sino á un asunto mas serio.

Inés. Le podreis decir?

Fern. Oir? Nada.

No me voy sin que consiga mi deseo, aquí se halla un tio que Dios me dió. Tiene una hija, y la trata de casar con un idiota. La pobre muchacha clama, y con razon, pues el novio es detestable. Mañana arreglaré yo el asunto, y sin duda hallaré traza para salvar á mi prima, porque es la mayor desgracia el casarla con un hombre que aborrece.

Gil. Ahora si que habla en razon. No es verdá usted? Que vivan los que se casan, siendo iguales en un todo, qual nosotros verbi gracia.

Todos se rien.

Ped. Dices bien.

Fern. No hay que reirse: mi prima es muy agraciada, y el pretendiente es un necio; pero si él no se separa de la pretension, le corto las orejas: no faltaba mas sino que consintiese el que así la violentáran su inclinacion. Ella quiere á otro, cuyas circunstancias le hacen digno de su mano; y la logrará.

Gil mientras él ha hablado le ha estado oyendo con un vaso en la mano.

Gil. Caramba, y que furioso es el sordo! Cuerno!

Fern. Buen provecho: y vaya por la vuestra. *brinda con él.*

Ped. Bien será nos retiremos, pues Juana querrá descansar del viage.

Fern. Gracias á Dios no pensaba haber cenado tan bien como he cenado.

Gil. Las gracias deben ser á tu descaro, y á tu sordera. Ven, Blasa.

Blasa. Mande usted.

Gil. Trae un papel.

Blasa. Voy volando.

Gil. A ver si pagas lo que has engullido, sordo de los diablos?

Fern. Ahora falta satisfacer el escote: conque á diez reales por barba? ahí está mi medio duro.

le tira sobre la mesa.

Luego daré á la muchacha

su propina.

Gil. Medio duro!

Hombre, mire usted lo que habla.
le enseña un duro.

Si es á duro por cabeza.

Lo oye usted?

Ped. Por qué te cansas?
si es sordo.

Fern. Oh, caballero!!

con que en seguida de tantas
finezas, quereis tambien
el que yo no pague nada
por la cena? Sea en buen hora,
mas si no estuviese clara
la buena intencion, quizás
á desayre lo juzgára.

Gil. Quién diablos quiere pagar
por él? Eso no, caramba,
pagará lo que ha cenado,
ó habrá una y buena.

ESCENA XII.

Dichos, Blasa, y despues Lucía.

Blasa. Mi ama. *Sale Lucía.*
viene ya á ajustar la cuenta.

Gil. Muy bien. Lucía, se trata
de hacer pagar á este sordo
su parte. La cosa es clara:
no es á duro por cada uno?

Blasa va á quitar la mesa.

No, chica, no quites nada,
que servirá para luego.

Blasa. Qué ruin!!

Luc. Esa es la contrata;
á duro son cinco duros.

Gil. Justos. Pero este canalla
de sordo no quiere dar
sino diez reales; y anda,
que ha engullido como quatro.

Ped. En qué parará esta danza!

Fern. Patrona, este caballero
despues de honrarme con varias
finezas, quiere tambien
pagar mi parte. Es extraña
tanta atencion, y en verdad
que me mortifica.

Gil. Vaya,
este hombre me vuelve loco;

señor, si aquí nadie habla
de pagar.

Juan. A qué es cansarse,
si no entiende una palabra?

Vaya, que estais muy pesado.

Inés. Escribídselo.

Ped. No es mala
la idea.

Gil. Y sabrá leer?

Inés. No ha de saber.

Juana. Ahora falta
que vos sepais escribir.

Gil. Yo! No que no: las muchachas
del pueblo pueden decirlo.

Para poner una carta
de amores me pinto solo.

Ah! sí, que se me olvidaba;
lleva á mi quarto un tintero,
porque ántes de irme á la cama
escribiré á mis amigos,
diciéndoles la llegada
de mi muger.

Inés. Qué animal!

Ped. Es tonto, no es verdad, Juana?

Fern. Pues supuesto que no hay forma
de dexarme pagar nada,
guárdate ese medio duro,
que yo en tales circunstancias
sé tambien ser generoso.

Gil. Lea usted.

Fern. Teneis la gracia
de ser poeta tambien?

Vaya, yo leeré á estas damas
vuestros versos... Señor Sordo, *lee.*
dice... Ay que cosa tan extraña!
Señor Sordo, es esto á mí?

Gil. Esto es gracioso! se pasma
de que yo le llame sordo,
y no oirá una descarga
de artillería.

Fern. Así es,
en la postrera campaña
me dexó la artillería
algo sordo... mas no es nada,
me parece he respondido
como conviene á las varias
preguntas que se me han hecho.

Inés. Sí señor, la cosa es clara.

Fern. Y fuera de eso, este modo de comenzar una carta es muy raro. Por exemplo, si yo de escribir tratára á un hombre que fuese tonto, y mi papel comenzára diciendole: Señor tonto, ninguno hay que lo aprobára; y usted que me ha dado muestras de tener buena crianza...

Lo extraño... pero veamos,
» Señor sordo... Vaya en gracia.

» Sepa usted que no ha cenado

» en mesa comun, y cada

» cubierto son veinte reales.
Pues bien: y por qué no hablaba usted?

Gil. Si el hablar contigo es hablar con una estatua.

Fern. Quién os enseñó á escribir?

Gil. Eso no os importa nada.

Pague usted, y se acabó.

Fern. Vean ustedes, madamas, qué estilo tan agraciado tiene este hombre, qué palabras tan escogidas; y en fin, son veinte reales? Pues anda, guarda los diez que te dí.

Blasa. Lo haré de muy buena gana.

Fern. Sí, te los doy.

Blasa. Ciertas veces parece que oye.

Luc. Palabras sueltas, pero nada mas.

Fern. Patrona, aunque en las posadas es costumbre general

el pagar por la mañana,

yo quiero hacerlo esta noche;

y espero que tambien lo haga el señor. Ahí está un duro.

Pague quien le diere gana, que yo por mí nada debo.

Gil. Ola, ola, cómo paga! ahora ya somos amigos.

Conque tú pillaste, Blasa, el medio durillo, hé?

Blasa. Sí señor, porque á Dios gracias, no son todos como usted.

Afloje sobre la marcha la mosca, y vamos de aquí, que todos tenemos gana de recogernos.

Ped. Bien dices.

Yo pagaré si no pagas.

Gil. Y qué nos vamos del mundo?

Mañana por la mañana se pagará todo junto.

Ahora vamos á la cama.

Y fuera de eso ha cobrado bastante, y verémos.

Inés. Vaya, usted hizo que pagase este jóven, y ahora trata de no pagar? O imítadle, ó pagamos.

Gil. Oh, qué instancias tan vivas! Toma, Lucía, uno, dos, tres, quatro, bastan. *dán-*

Luc. Sí señor, cabal está. *(dola dinero.)*

Gil. Lo celebro mucho. Blasa, ves á disponer mi quarto.

Blasa. Allá voy.

Luc. Y ustedes vayan á recogerse si gustan; al lado de cada cama teneis una campanilla, llamad, y sobre la marcha irá Blasa á lo que ocurra.

Señores, hasta mañana. *vase.*

Ped. Agur. Vámonos tambien. No das el brazo á estas damas para subir la escalera?

Gil. No señor, porque aun me falta *sentado á la mesa.*

cenar, echaré dos tragos, y luego voy á la cama; ea, pasad buena noche.

Juan. Jesus, qué mala crianza tiene Don Gil!

Ped. Ya te entiendo; pero ya tengo empeñada mi palabra.

Juan. Con que en fin...

Ped. Ven, y hablaremos.

Gil. Que vaya
á la salud de mi novia,
y de mi suegro.

Fernando ve pasar á Blasa, que con un calentador sube al cuarto donde está la cama, y se va tras ella. Siguiendo toda la escena él allá arriba.

Fern. Te cansas
en vano. Si hace calor.

Blasa. No señor, no es esta cama
para usted.

Fern. Yo te lo estimo;
pero hija, ese calor daña
al calor vital.

Blasa. Qué dice
de calor vital? *Fern.* Qué guapa
muchacha, y cómo me sirve.
No saldré de la posada
sin mostrarme agradecido.

Blasa. Lo creo... Ahora falta
saber qué tengo de hacer;
si él se envoca en esta cama
de rondon como en la mesa,
es una chanzá pesada.

Lo mejor es avisar
á Don Gil, y pues se alaba
de agudo, vamos á ver
cómo del cuarto le saca. *baxa del*

Fern. Te va? pues con Dios: (*cuarto.*
seguramente que habla
con mucho agrado á las gentes.
Ea, ya estoy en mi casa:
cierro la puerta con llave, *lo hace.*
pues sino está mal guardada.

Blasa. Señor Don Gil, sepa usted
que miéntras tanto que trata
de apurar lo que ha sobrado,
el Señor Sordo se encaja
en su cuarto, y á esta hora
quizás tambien en su cama.

Gil. En mi cama? Qué demonio
hay sordo de peor casta?
Dexa, dexa, ya verás
cómo al punto desampara
el cuarto. Ola, Señor Sordo,

ese cuarto y esa cama
es para mí.

dirá esto junto á la puerta del cuar-

Fern. Qué tranquila (*to.*
está toda la posada.

No se oye ni un cascabel.

De este modo se descansa
perfectamente. *Gil.* Qué dice?

Blasa. Se estará echando en la cama
con gran descanso, y pondera
el silencio de la casa.

Gil. Se habrá visto cosa igual?

Cuenta que de una patada
he de derribar la puerta. *da golpes.*

Blasa. Por Dios, no ve usted que arma
un ruido de los demontres
y ya están todos en casa

recogidos? *Gil.* Que dispierten,
ó que rabien. Esta sala
es mia, pues la he pagado.

Sordo, arriba.

Fern. Segun trazas,
el viento mueve esta puerta.

Yo procuraré atrancarla
arrimando este almatoste.

arrima la mesa.

Blasa. Mire usted que llamo al ama,
si no dexa usted la puerta
al instante. *Gil.* Ves, y llama

aunque sea al mismo diablo.

Yo quiero mi cuarto.

ESCENA XIII.

*Dichos, Don Pedro, Doña Juana,
Doña Inés, y otras gentes.*

Ped. Vaya,
qué ruido es éste? qué hay?

Gil. Qué ha de haber, que este canalla
de Sordo se ha apoderado
de mi cuarto, y de mi cama,
y no hay forma de dexarle.

Pero yo le haré que salga,
ó le tomo por asalto:

Bien puedo no dormir nada,
pero he de sitiarse el cuarto.

Ped. Sitiarse es cosa excusada.

Pues no ves que es militar,
y que podrá con ventaja

sufrir el sitio? *Inés.* Y quizás obligaros con las armas, y levantarle. *Gil.* No importa.

Luc. A mí sí: tengo la casa llena de gente, y querrán descansar para mañana madrugar. Jesús, qué hombre es usted! si no repara en lo que le digo, haré que venga el Alcalde. *Gil.* Anda, y llama. Cualquiera juez dirá que es mia esta sala. La he pagado, ó no?

Luc. Si es eso, os volveré vuestra paga, y estamos en paz. *Gil.* No quiero. Yo solo pido mi cama, porque deseo dormir como es razon. *Luc.* Mira, Blasa, ves y llámate á los mozos, y verás qué pronto calla este hombre inconsiderado.

Fern. Válgame Dios qué desgracia es la mia! *Inés.* Ay, escuchemos.

Fern. Aquella fatal descarga de setenta y tres cañones me dexó algo sordo. Y vaya, que de dia no es tan malo. Si pierdo algunas palabras, solo por el movimiento de los labios, sé lo que hablan, y como respondo acorde apenas notan mi falta.

Gil. Tiene razon. *Luc.* Calle usted.

Fern. Pues en efecto, es desgracia estar sordo, y mucho mas estando en una posada donde no conozco á nadie. Por fortuna en esta casa parecen muy buenas gentes todos, hasta la criada, y luego aquellos señores. Sin embargo, aquí se hallan otros muchos pasajeros, y nadie sabe sus mañas. Las puertas son tan endebles, que se abren de una patada,

y como llevo conmigo, en letras, en oro y plata, mas de quinientos mil reales, fuera una chanza pesada que me asaltasen durmiendo; si yo me meto en la cama no haya miedo me despierte aunque todo el cielo cayga sobre mí. Pues velaré, de qualquier modo se pasa una noche. Aquí hay tintero, y yo tengo varias cartás que escribir, pues voy á hacerlo mientras los otros descansan.

Siéntome junto á la puerta, y así resguardo la entrada. Saco mi par de pistolas, cada una tiene una bala, y tres postas.

Gil. Para el diablo *se baxa.* que á la puerta se llegára!

Fern. Dudo que me falte un tiro, no ha de ser tal la desgracia que falten las dos: y entónces tengo mi sable. *Ped.* No asaltas el quarto? *Gil.* No pienso en eso. El Sordo no gasta chanzas, y lo hará como lo dice.

Blasa. Jesús! me tiene acustada solo el oirlo. *Gil.* Conque vamos, dónde duermo yo?

Luc. En la sala sobre un sitial: en el poyo de la cocina... *Gil.* Qué camas tan blanditas y mullidas, Mira, no podias Blasa prestarme la tuya? *Blasa.* Yo, para que despues soñára con usted.

Gil. Pues mira, chica, no eres la primer muchacha que sueña conmigo. En fin, pues no hay remedio, en la sala me quedaré, y con las sillas nos compondremos. Mal haya una y mil veces el sordo! *(tes)*
Blasa va á quitar la mesa como án-

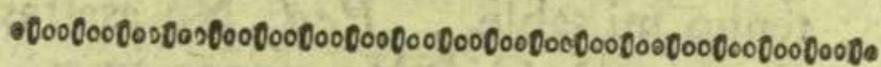
No, chica, no quites nada,
 porque puede que dispierte,
 y quizás me dará gana
 de tomar algún bocado.
 Esto está pagado y...

Inés. Vaya,
 que no he visto hombre mas ruin.
Ped. Pues que te convienes, marcha,
 y comonte como puedas.
 Vamos, hija. Hasta mañana.

Luc. Vayan ustedes con Dios;
 cierra bien la puerta, Blasa,
 y vámonos á acostar.
 Qué, Don Gil! Nunca pensára
 que fuese tan bruto! *vase.*

Fern. Ya
 parece que está la casa
 en silencio, con que así
 escribamos quatro cartas.

Acabado el acto, Don Gil entretiene un rato le escena disponiendo su cama con los trastos que halla en la sala.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Lucía y Blasa.

Luc. Blasa, dónde está Don Gil?

Blasa. Yo no sé.

Luc. Se ha levantado
 nuestro sordo? *Blasa.* Sí señora,
 por cierto que me ha mandado
 una cosa muy extraña.

Luc. Y cuál es?

Blasa. Que de contado
 le prepare un buen almuerzo
 para él, y los que cenaron
 con él anoche. *Luc.* Ya sabes
 que es garboso: no lo extraño.

Blasa. Es que dixo que el almuerzo

habia de ser contando
 á cien reales por cabeza.

Luc. Tú te habrás equivocado.

Blasa. Ya le advertí que era mucho,
 pero como siempre en vano
 se le habla, sufrió mis gritos,
 y me respondió sacando
 el bolsillo. *Luc.* En efecto,
 te ha pagado adelantado.

Eso ya es muy diferente,
 y es preciso que acudamos
 á servirle. Yo me voy
 á la plaza, y entretanto
 puedes disponer las cosas,
 barrer, y limpiar los quartos.

Blasa. No me faltará que hacer.
 Válgame Dios, y qué guapo
 es el sordo! *Luc.* Si viniesen
 muchos huéspedes tan francos
 como él lo es, algo mas
 valiera mi casa. *Blasa.* Es claro,
 y pronto juntára yo
 mi dote. *Luc.* Ves despachando
 mientras vuelvo. *Vase.*

Blasa. Bien está
 Voy á ver si han despertado
 las señoras... Oh, ellas vienen!

ESCENA II.

Blasa, Doña Juana, y Doña Inés.

Blasa. Buenos dias: se ha pasado
 bien la noche?

Juana. Grandemente.

Blasa. Puedo ir á barrer los quartos?

Inés. El mio quando tú quieras.

Juana. Mi padre está descansando,
 con que no llegues al mio.

Blasa. Bien está. *vase.*

ESCENA III.

Dichas, ménos Blasa.

Inés. Solas quedamos.

Dime, Juana, qué tristeza
 es la que en tu rostro hallo?
 qué tienes? Sigue tu padre
 el capricho extraordinario
 de casarte con un hombre
 tan indigno de tu mano,
 como lo es el tal Don Gil?

Juana. Sabe que lo es. Sin embargo, dió la palabra. *Inés.* Hizo mal.

Juana. No le culpes, fué engañado por los informes que tuvo de Don Gil. Si le pintaron como un jóven apreciable, dueño de un buen mayorazgo, y capaz de hacer feliz

á su esposa. Este retrato lisongeó tanto á mi padre, que proyectó de contado nuestra boda. Por desgracia, afianzó aquel contrato con una cláusula... en fin, únicamente esperamos

el que Don Gil, conociendo que yo le daré mi mano, mas nunca mi corazón,

quiera ceder. *Inés.* Es en vano que tengas esa esperanza.

Los necios son porfiados y caprichosos... mas calla que él viene aquí.

Juan. Pues huyamos de su presencia. *Inés.* Bien dices, subámonos á mi quarto. *vanse.*

ESCENA IV.

Don Gil, y luego Fermin.

Gil. Vaya, cómo huye de verme mi novia! Estaban hablando ella y su amiga, y al punto que me viéron, se han marchado.

Conozco que no me quiere, pero en estando casados, ella me querrá por fuerza.

Sale Fermin.

Ferm. Señor Don Gil, me han mandado dar á usted un recadito, y á la verdad me he excusado quanto pude. *Gil.* Por qué causa?

Ferm. Porque estos son unos casos tan aquel... y en fin, cada uno hace de su capa un sayo, como dixo el otro. *Gil.* Bruto, déxate por Dios de adagios, y dí qué recado es ese.

Ferm. Si os vais á enfadar.

Gil. Me enfado mucho mas si no lo dices.

Ferm. Pues usted se empeña, vamos, lo diré: ello no es gustoso, pero tanto me han rogado...

Gil. Hombre, lo dices, ó no?

Ferm. Ahora voy á eso. Ahí ha estado...

ESCENA V.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Caballero, feliz día; supongo habreis descansado esta noche. *Gil.* Sí, en la cama que me dexaste. *Fern.* No marchó de este pueblo hasta que logre lo que os dixé. *Gil.* Qué pelmazo!

Fern. Vaya, con vuestra licencia voy á calentarme un rato. *Ferm.* Y yo suspendo mi cuento hasta luego; y es lo malo, que el asunto corre prisa.

Gil. Pues quién te quita, naranjo, que sigas? *Ferm.* Como ha venido ese Señor. *Gil.* No hay cuidado, habla sin reserva alguna, como si solo los bancos nos oyesen. *Ferm.* De ese modo, allá va. Digo que ha estado apenas amaneció,

la criada del hidalgo. *Gil.* De quién? *Ferm.* De aquel Don Patricio. *Gil.* Y qué dixo?

Ferm. Ha preguntado: dime, Fermin, es verdad que ántes de ayer ha llegado á esta posada Don Gil?

Yo al instante, maliciando alguna cosa, la dixé: Señora, si os engañáron? Desde que estuvo en el pueblo á las vendimias, no hay rastro de su persona. Ella entónces me dixo: tú eres tan malo como Don Gil; pero mira, á mi señorita ha dado palabra y mano de esposo, y por mas que se ha ocultado de nosotras, ha sabido

mi señorita el contrato que tiene con un señor, que es el mismo que ha comprado la hacienda de Don Ventura, (que esté en gloria). Yo, mirando que daba señas tan claras...

Gil. Qué hicistes?

Ferm. Canté de plano, y la dixé que es verdad, y que ibais á casaros con esa Doña Juanita.

Gil. Pues, amigo lo has echado á perder. *Ferm.* Por qué motivo? Señor, si somos cristianos, lo primero es lo primero. Dexad que se lleve el diablo lo que sea suyo; y en fin, como dixo el otro... *Gil.* Vamos, qué quieres decir con eso?

Ferm. Que si teneis ya tratado matrimonio con la otra, estais sin duda obligado á cumplirlo. *Gil.* No hay tal cosa. No niego que hemos hablado varias noches por la rexa; pero ella ya se ha olvidado de mí. *Ferm.* Con perdon de usted, no lo creo. Me ha contado la criada todo el cuento. Y sé que sobre ese trato os escribió varias veces, y que siempre se ha firmado poniendo tu amante esposa, Doña Clara de Avendaño.

A ver si digo verdad?

Gil. Hombre, ya te han informado tan por menor, que es preciso confesártelo. Yo guardo en mi cartera esas cartas que dices, mas no hago caso de ellas. *Ferm.* Pues haceis muy mal. Yo soy un pobre criado, y si diera una palabra como esa... pues pocos daños se pueden originar, si conseguís el casaros con una, teniendo otra.

Gil. Estos son puntos muy árduos para tí. Mira, Fermin, lo que has de hacer es callarlo, que yo te regalaré.

Ferm. Guárdese usted su regalo, que yo no le necesito.

Gil. Con que quieres publicarlo, y perderme? *Ferm.* No señor: en eso, ni entro ni salgo.

Cada uno su alma en su palma, como dixo el otro. Al cabo, quien mal anda mal acaba.

Gil. Malditos sean tus adagios.

Márchate, que viene Blasa, y mira... *Ferm.* Perder cuidado.

Vaya, que seguramente se portan bien los hidalgos. *vase.*

ESCENA VI.

Don Gil, Don Fernando y Blasa.

Blasa. Ola, qué ya estais de vuelta?

Gil. Aunque tú no has preparado el almuerzo... *Blasa.* Que si quieres; jamás habreis almorzado tan bien como almorzareis.

Gil. Pues hay algo extraordinario?

Blasa. Como que es á cinco duros por barba. *Gil.* Te estás chanceando. Oyes, lo paga mi suegro?

Blasa. El sordo es quien ha mandado disponerlo. *Gil.* Lindamente.

Bien dicen, entre lo malo lo ménos malo. Así es éste.

Mas vale se haya quedado sordo que mudo.

ESCENA VII.

Dichos, y Don Pedro: mientras esta escena Blasa entra y sale varias veces.

Ped. Me alegro que estés en casa. *Gil.* Aguardando á que almorzemos para ir á vuestra casa de campo con mi novia. *Ped.* Con tu novia! Hombre, la franqueza alabo. En eso hay mucho que hablar.

Gil. Con que anulais el contrato que hay entre vos y mi primo?

Vaya, que obráis como sabio.

Ped. Escúchame. Blasa, mira, puedes ir barriendo el cuarto mientras hablamos nosotros.

Blasa. Bien está. *vase.*

ESCENA VIII.

Dichos, ménos Blasa.

Ped. Gil, he pensado con maduréz. No te niego que ya mi palabra he dado á tu tío; y que además aquel préstamo malvado me insta á cumplirla. Con todo, si reflexionas un rato mi propuesta, advertirás que yo solo voy buscando tu bien. *Gil.* Pero acabe usted, caso con Juana, ó no caso?

Ped. Ese es el punto. Mi hija te dará hoy mismo la mano, si en ello me empeño yo. Pero qué has de hacer casado con muger que no te ama? Es un yugo muy pesado el yugo del matrimonio, aun para los que han logrado casarse despues de amarse. Mira qual será el estado de aquellos que no se aman. Solamente un insensato puede arrostrar los peligros que hay en semejantes lazos, quando son violentos. *Gil.* Ola, parece habeis despertado muy filósofo? *Ped.* Te admiras?

Gil. Muchísimo. *Ped.* Sin embargo, toda mi filosofía es la misma que has mostrado anoche en la mesa. Allí dixo el Oficial, que lazos que no dictaba el amor, siempre han sido desgraciados; y tú contestaste, vivan los matrimonios formados entre iguales. *Gil.* Sí señor; y yo soy pintiparado para Juana. Ella es bonita,

yo no soy muy mal muchacho, ella es viva, yo soy vivo, ella... *Ped.* Dexemos á un lado la hermosura. Aunque tú fueras el mismísimo retrato

del amor, nada importaba si ella te aborrece. *Gil.* Estamos: eso queria saber, pues no hablemos mas del caso. Pagareis los cien mil reales que debeis, y yo me aparto de la pretension. *Ped.* Ya ves que es imposible. No me hallo con aquesa cantidad.

Gil. Pues, señor, nuestro contrato ha sido que casaría con vuestra hija, y que dado que hubiese obstáculo alguno por vos, luego de contado pagariais esa deuda; pero que si por mi lado resultaba inconveniente, la perdía el tío. *Ped.* Es claro. Como tratamos la boda sin conoceros, pensamos afianzar de este modo el pacto. *Gil.* Muy bien pensado, pues vengan los cien mil reales.

vase Fernando.

Gracias á Dios que has marchado, sordo de dos mil demonios!

Ped. Qué te estorbaba, si al cabo es cómo un leño?

Gil. Con todo, nos echaba unos ojazos!.. Vaya, yo le tengo miedo. Pues volviendo á lo que hablamos, ó vengan los cien mil reales, ó me da hoy mismo la mano vuestra hija. *Ped.* Con qué en fin, te expones...

Gil. No me hagais cargos. Esta es mi resolucion. Todavía el escribano no habrá salido de casa. Voy á buscarle, y firmamos el contrato de la boda,

ó en el instante reclamo
la deuda, sin admitir
mas dilaciones ni plazos.

Esta es la órden de mi tío.

Ped. Repara que... *Gil.* No reparo;
ó Juana, ó los cien mil reales.

Miéntas viene el escribano
pensad lo que os tiene cuenta. *vase.*

ESCENA IX.

Don Pedro solo.

Válgame Dios, yo me hallo
en un apuro terrible!

Si Juanita da la mano
á este necio, para siémpre

será infeliz! Si me aparto,
de lo que firmado tengo,

me arruino! Yo había comprado
una hacienda en este pueblo,

únicamente fiado
en que Don Gil era el mismo

que me habían retratado.
Gasté así lo que tenía,

y algo mas que me prestaron
mis amigos; vengo aquí,

conozco quán mentecato
es el que elegí por yerno;

y ya me encuentro obligado,
ó á sacrificar á mi hija,

ó á cumplir lo que he pactado
con el tío de este necio:

qué resolveré en tal caso?

ESCENA X.

D. Pedro, Doña Juana, y Doña Inés.

Juana. Padre...

Ped. Vienes á buen tiempo,
no ignoras quánto te amo,

y que deseára verte
muy feliz. Pero me hallo

en un conflicto. Hija mia,
Don Gil insta á que cumplamos

lo prometido, y ahora
fué á buscar al Escribano,

con que mira qué has de hacer?
Contempla que está en tu mano

mi felicidad... á Dios. *vase.*

ESCENA XI.

Doña Juana y Doña Inés.

Juana. Amiga mia, ya estamos
en el lance tan temido:

qué me aconsejas? *Inés.* El plazo
es tan corto... pero en fin,

el ingenio de mi hermano,
y su presencia... *Juana.* No, amiga,

me lisonjeas en vano.
Supongo por un momento

el que consiga Fernando,
ó por astucia ó por fuerza,

el que yo le dé la mano,
que se consigue con eso?

Mi padre queda arruinado,
pues como yo soy la causa

de no cumplir el contrato,
le obligarán á pagar.

Si no es mi esposo tu hermano,
voy á ser toda mi vida

harto desdichada, al lado
de un hombre como Don Gil.

Inés. El apuro es bien extraño.
A qualquier parte que inclines

el peso, te está aguardando
un precipicio. *Juan.* No encuentro

un medio mas acertado,
que ofrecirme yo gustosa

al sacrificio, olvidando
mi riesgo, por evitar

que viva mi padre amado
en la desgracia. *Inés.* Muy pocas

hay que hicieran otro tanto.
Juana. No estimarán á sus padres

como yo. *Inés.* Escúchame: alabo
tu resolución heroica;

pero observo, sin embargo,
que es un poco temeraria.

Juan. Pero bien, en este caso
qué puedo hacer? dímelo.

Inés. Mi ingenio no alcanza á tanto;
pero lo que te aconsejo,

es que aguardes á mi hermano,
y él quizás podrá...

ESCENA XII.

Dichas, y Don Pedro.

Ped. Juanita,

qué has resuelto?

Juana. Padre amado,
bien conocéis que Don Gil...

Ped. Es un necio, un mentecato;
pero no tratamos de eso.

Unicamente, te hago
presente mi situacion,

si quieres verme arruinado
para siempre, dímelo.

Juan. Señor...

ESCENA XIII.

Dichos, y Don Gil.

Gil. No está el escribano
en casa, pero vendrá

al instantito. En qué estamos,
se casa conmigo Juana,

ó no se casa? *Inés.* Veamos
si yo puedo convencerle.

Don Gil, si estais informado
de que no os tiene cariño,

no es capricho temerario
pretender una muger?...

Gil. Bastante me ha predicado
mi suegro. Mi tema no es

el que ella me dé la mano,
sino que cumpla su padre

el contrato que ha firmado.

Inés. Y que le arruina.

Gil. No importa.

Juan. Hombre brutal, hombre falto
de toda razon. Sabed:

que os aborrezco, que no hallo
voces para ponderar

quánto detesto los lazos
que me van á unir con vos;

pero sin embargo, amo
á mi padre mas que á mí;

y por no verle obligado
á pagar aquea deuda,

desde luego os doy la mano.

Ped. Hija mia!

la abraza.

Inés. Qué imprudencia!

ap.

Gil. Sea por fuerza ó por grado,
haga yo que sea mi esposa,

que ya despues... *Ped.* Ha triunfado
en ti el amor paternal;

pero...

ESCENA XIV.

Dichos, y Don Fernando.

Fern. Señores, aguardo
que me deis buenas albricias.

Gil. Vaya, sigamos tratando
nuestro asunto. *Fern.* Sí señor,

Vos sois tan interesado
como yo en esta noticia.

Inés. Juana mia, no perdamos
las esperanzas. *Fern.* Ya os dixe

que venia á un punto árduo.

Gil. Vaya, que esto nada importa.
En fin, si Juana ha pensado

ser mi esposa... *Fern.* De mi prima?
de ella propia es de quien hablo.

Gil. Vaya, que á esto no hay aguante.

Inés. Oid, no seais porfiado,
qué sirve le interrumpais,

sino os oye? *Gil.* Es porque estamos
perdiendo el tiempo de hablar.

Fern. Sudar? Vengo muy cansado:
he corrido todo el pueblo;

pero por fin he logrado
lo que queria. Mi prima

dixe se habia enamorado
de un jovencito gracioso,

y que su tio empeñado...
Escúche usted lo que digo. *d D. Gil.*

Gil. Este hombre se ha dedicado
á estorbarme. *Fern.* Pues su tio

cedió por fin á los cargos
que yo le hice... Calla usted?

Ped. Voy á dar algun descanso
al dolor que me atormenta.

Fer. Dónde vá usted? me persuado
de que os interesareis

en mis dichas? *Ped.* A no ser tantos
mis tormentos, me riera,

al ver como sigue hablando
sin que le escuche ninguno.

Gil. Señor Sordo, en este rato
no os podemos escuchar.

Fern. No, señor, todo al contrario:
mi prima está muy contenta,

oygan ustedes el caso.
Gil. Paciencia!
Fern. Quando logré

que á fuerza de muchos cargos se convenciese mi tío, quise pasar de contado á ver al jóven gracioso que pretendía su mano; pero cuál fué mi placer al punto que me informáron de que es el mismo que anoche me honró con tantos y tantos favores!

Ped. Qué dice, qué?

Fern. Jamás hubiera pensado tal ventura; permitidme que os estreche entre mis brazos, Señor Don Gil Pimpinela.

Gil. Hombre, si yo no me llamo Pimpinela.

Fern. Por qué huís?

Por cierto que es muy extraño que rehuseis esta muestra de mi cariño.

Gil. Qué diablos?

Señor, si yo no conozco á esa prima, ni he pensado hablar con ella.

Fern. Qué dice?

No sé porque habla tan baxo.

Inés. Juana, qué enredo será este?

Juan. Con cuánta impaciencia aguardo sus resultas!

Fern. Cómo es esto?

Nadie responde?

Gil. Es en vano hablar con él. Vámonos.

Ped. No amigo, no es acertado menospreciar su noticia.

Gil. Pero señor, si está falto de juicio. *Ped.* Este caballero dice que nunca ha tratado con vuestra prima.

Fern. No entiendo.

Gil. No lo digo yo? Es en vano.

Inés. Ponérselo por escrito como anoche.

Ped. Bien pensado.

Gil. Maldito sea el sordo, amen.

Sin duda que ha sido el diablo

el que le traxo á esta casa. *escribe.*
Vaya, lea.

Lee Fern. "No he tratado ni conozco á vuestra prima, ni ménos palabra he dado á ninguna..." Cómo así? Conque sois tan temerario que faltais á la palabra? Yo estoy muy bien informado, y extraño mucho os negueis á cumplir como hombre honrado lo que una vez prometisteis.

Gil. Este hombre está espiritado; vayan luego por el Cura y conjúrenle.

Fern. No trato de que os caseis. Os desprecio, puesto que así habeis violado las leyes de la razon. Pero dadme de contado las cartas que teneis de ella.

Gil. Tírenme un pistoletazo por caridad. *Fern.* Sois indigno de tener en vuestra mano las firmas de una inocente á quien habeis engañado. Dádmelas... pues los villetes de Doña Clara Avendaño...

Gil. Doña Cla... Cla... cómo dice?

Fern. Deben ser muy estimados, y no han de quedar con vos. No me los dais? *Gil.* Si le hablo no me entiende. Vayan señas y voces. Que no me ha dado carta ninguna. *Fern.* Qué dice, qué no?... Pues que sois hidalgo, y ya me habeis desmentido, tomad... Con pistóla en mano *le da una.*

espero satisfaccion. *él dice que no.* Rehusais venir al campo?

pues dadme vuestra cartera, cobarde... *Gil.* Vaya, yo me hallo en un aprieto. *Ped.* Pues pide

tu cartera, yo no alcanzo mas remedio que entregarla.

Gil. Pero... *Inés.* No tengais reparo

en enseñarla. Quizás se desengañe. *Fern.* No vamos? Todos hablan, y no entiendo. Maldito sea el cañonazo que me privó del oído. Señoritas, retiraos, que pues no quiere seguirme esta sala será el campo de batalla. *Inés.* Vámonos.

Gil. Por Dios esperad un rato. Por dónde supo este hombre de Doña Clara Avendaño? En fin, esa es mi cartera; *la saca.* tomadla, á ver si acabamos. Dios quiera que no la abra. *ap.* *Fern.* Mirad aquí comprobado *las sa-* mi dicho. *Gil.* Tú pagarás *(ca.* este lance. *Fern.* Pronto me hallo á pagar lo que se os deba.

Gil. Ay, que me oye: qué milagro!

Fern. Milagro es, que haya tenido paciencia para aguantaros.

Ped. Qué enigma es este?

Fern. Muy fácil.

Don Pedro, yo soy Fernando, amante de vuestra hija, de quien quizás os ha hablado vuestra hermana.

Ped. Ciertamente.

Quién tal hubiera pensado? Pero por qué habeis fingido la sordera? Por burlarnos?

Fern. Por una casualidad feliz para mí: pensando pedir la mano de Juana, la he venido acompañando hasta aquí con un amigo; pero con tan gran cuidado, que vuestra hija y mi hermana nuestra venida ignoraron mientras que duró el viage. Ayer nosotros llegamos poco ántes que ellas llegasen, teniendo ya proyectado estar en esta posada con ustedes. No habia quarto ni cama para ninguno.

Me llevan este recado; y á pesar de eso sostengo que he de encontrar cama y quarto, sin que me den uno ni otro. Duda mi amigo, le llamo cobarde, él me llama loco, y por último apostamos treinta doblones. Entónces os escribo de contado el papel que recibisteis; y como dice el adagio que hay sordos de conveniencias, yo lo fuí en este caso, pues logré la conveniencia de sentarme á vuestro lado en la mesa, y quitar luego al señor Don Gil el quarto.

Gil. Bien á mi costa lo sé.

ESCENA XV.

Dichos, y Don Antonio.

Ant. Y á la mia, pues que pago el dinero de la apuesta.

Fern. Que no quiero perdonarlo, pues ya ves que me hace falta para los precisos gastos de tu boda con mi hermana.

Ant. De ese modo yo los gano, pues gano tanta ventura.

Ped. Conque teniais callado que conociais al sordo?

Juan. Era inútil informaros de esta ficcion, pues estabais comprometido. *Ped.* Yo alabo dos cosas, tu disimulo, y el amor que me has mostrado en esta ocasion, cediendo á mis instancias. Ya es claro que nada debo pagar al tio de este bizarro caballero, pues Juanita le hubiera dado la mano, á no ser porque no puede ser suyo habiendo tratado su casamiento con otra.

Gil. Señores, por quantos santos hay en el cielo, os suplico que no se hable mas del caso.

Tan solo por mi tontuna me veo así abochornado; pero... *Fern.* Si quereis que os dé satisfaccion... *Gil.* No la aguardo, ni ya vuelvo á hablar palabra; porque si me habeis quitado la cama, el quarto y la novia, podeis de un pistoletazo quitarme tambien la vida.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Lucía y Blasa.

Luc. Señores, yo ahora me hallo en la precision de hablar con el señor. *Fern.* No hay reparo.

Blasa. Ay que no es sordo, señora.

Fern. No, á Dios gracias. Ya he cobrado mi oido, oyendo lo que quise.

Luc. Pues ya está entendido el caso. Conque á qual de estas señoras amais?

Fern. Son cuentos muy largos: hablemos de nuestro almuerzo.

Luc. Pues para ese no he encontrado todo lo que deseaba; pero sin embargo traygo lo mejor que hay en el pueblo.

Fern. Amigo mio, he mandado disponer aqueste almuerzo á tu costa.

Ant. Yo te alabo ese gusto, y mucho mas si con eso celebramos nuestras bodas. *Fern.* Por la tuya no creo que haya reparo, pero la mia... *Ped.* Tambien, hoy mismo se hará el contrato, y estoy muy agradecido de que así hayais libertado á mi hija de vivir con un necio. *Gil.* No, yo salgo favorecido en un todo.

Fern. Mas sin embargo, quedamos amigos. *Gil.* Por el miedo que os tengo, pero me marchó ahora mismo á mi lugar.

Fern. Eso será en almorzando, y aprended, señor Don Gil, que si ahora os veis despreciado por necio, quizás mañana os vereis peor tratado si no cumplís de otro modo las palabras que hayais dado. No hay cosa mas fea... *Ant.* Basta de sermon; y pues miramos cumplidos nuestros deseos, razon será que aplaudamos tu sordera, que fué causa del placer que disfrutamos.

F I N.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.

Año 1816.

Se hallará en la librería de Miguel Domingo, calle de Caballeros, número 48; asimismo otras de diferentes títulos, y un surtido de 200 Saynetes por mayor y á la menuda.